



CAPÍTULO V

La Macedonia despues de Lisímaco.—Invasion de los galos.—Pirro en Macedonia.—Pirro en el Peloponeso.—Su muerte.—La liga etólica.—La liga aquea.—Antígono de Goni y la Grecia.—Arato y la Acaya.—Agis en Esparta.—Condenacion de Agis.—Cleomenes.—Guerra de la Eto- lia y de la Macedonia.—Triunfo de Arato.—Arato y Cleomenes.—Envidia de Arato.—Esfuer- zos de Cleomenes.—Ruina de la Grecia.—Muerte de Cleomenes.—Supremacia de la Mace- donia.—Disolucion de la liga aquea.—Guerra de los etolios.—Filipo de Macedonia somete la Grecia.—Filipo media en la contienda suscitada entre Roma y Cartago.—Filipo hace alianza con Anibal.

FUENTES: Plutarco, in *Pyrrho*, in *Cleomenes*, in *Agiles*, in *Arato*, etc.; Justino, lib. XXIV; Polibio, lib. VII; Poirson, *Com- pendio de historia antigua*; Heeren, *Manual de historia antigua*; Amadeo Thierry, *Historia de los galos*; Visconti, *Icono- grafía griega*, etc. (1).

La Macedonia entregada á todas las ambi- ciones despues de la muerte de Lisímaco, era una buena presa, á la que no faltaban preten- dientes: primero el asesino de Seleuco, el Ra- yo; Ptolomeo Cerauno; despues el hijo de De- metrio Poliorcetes; Antígono de Goni, que siendo el representante de la ambicion de su familia, no renunció á ninguna esperanza; y finalmente Pirro, rey del Epiro, que poseyó este reino para conocer su importancia.

Ptolomeo aplacó al cobarde Antioco, devol- viéndole las cenizas de su padre y cediéndole el Asia Menor; á Pirro concedieron tropas y derrotó á Antígono. Esposo de su hermana, dió muerte á sus hijos, y, no obstante sus muchos crímenes y el odio que inspiraba, reinó un año en Macedonia y Tracia, merced al cansancio de los pueblos. Se acercaba, sin embargo, el momento de la venganza.

Mucho tiempo hacia que vagaban por las fronteras del Epiro y de la Iliria bandas de

galos y de kimris, á quienes la Galia habia ex- pulsado de su seno, ó enviado á buscar fortuna á lejanas regiones. Estos galos eran los que habian contestado á Alejandro Magno: «Nada tenemos sino el caer en desgracia del cielo;» y algunos de sus batallones se pusieron despues en calidad de mercenarios al servicio de Antígono. Introducidos de esta manera en el hermoso país de la Grecia, gozaron de sus de- licias, impulsados por el irresistible atractivo que sienten los hombres del Norte hácia los climas del Mediodía; proyectaron someterla. Al efecto se organizó una expedicion; el jefe de la tribu de los praus, los terribles, Prausoi, dice Estrabon, se condujo como un héroe, y tres cuerpos de ejército invadieron la Grecia.

El de la izquierda con Kerthrwrys Cere- thrius pasó á Tracia. El brenno combatió á los montañeses del Norte, en tanto que Bolg (1) bajaba á la Macedonia.

(1) Bolgios, dice Pausanias; Belgus, Justino; Bolg, en lenguaje céltico significa guerrero.

Ptolomeo habia sido ya derrotado. Sacrifi- cando los prisioneros en honor de sus dioses ó asesinandoles sin piedad, los galos continua- ban avanzando: la alarma llegó á su colmo. acudian á los templos é invocaban á Filipo y á Alejandro como á los dioses salvadores de la patria. Á pesar de sus elefantes, el Rayo fué muerto, y Meleagro y Antipater fueron sucesi- vamente destronados de la Macedonia en mé- nos tiempo que duraban los vientos etesios. La libertad partió de las filas del pueblo.

Un desconocido, Sostenes, reunió el ejér- cito y es proclamado rey; el brenno evacuó la Macedonia, para prepararse mejor. En la pri- mavera contaba ya con sesenta mil hombres, entre galos, kimris, tolistoboies (1). En vano Lut-Herr, Leonor (2) y veinte mil guerreros le abandonan; él se pone en marcha, derrota á Sostenes, y se dirige á la Hélade. «No era esta una guerra de libertad como en tiempo de los medos, sino una guerra de exterminio. Ven- cer ó morir era el único recurso de la Gre- cia» (3).

El terror helaba todos los espíritus. Se ha- blaba con espanto de estos hombres «hiperbó- reos, nacidos entre hielos en los confines de la tierra, que fueron los primeros, despues de Hércules, que franquearon los Alpes, para quemar en Italia una ciudad griega, llama- da Roma» (4); raza que despreciaba á los dios- ses, combatia las olas y luchaba con la tem- pestad. Aténas se puso al frente de un ejército de defensa, y envió á Calipo á las Termópilas. Allí «Marte el temible destruyó á los ga- los» (5).

Esta victoria no salvó sin embargo á la Gre- cia. El brenno rehizo su ejército, saqueando á la Tesalia y la Fócida; la fatal vereda abrió pa- so á estos nuevos bárbaros, como en otro tiem- po á Jerjes. Despues avanzaron los galos hácia el templo sagrado de Delfos, y el brenno exclamó en presencia de sus tesoros: «Los dioses ri-

cos deben ser generosos con los hombres» (1). Se desconfiaba de Apolo. Pero los sacerdotes vigilaban; ya el oráculo habia mandado dejar en los campos todas las provisiones, y habia contestado que él proveeria en lo sucesivo con blancas vírgenes (2). Durante la noche lle- garon de las montañas los aliados de toda la nacion. Por la mañana, los galos, fuera de sí, se arrojan como furias sobre la ciudad y pene- tran en el templo. Entónces los sacerdotes corren exclamando: «¡El dios, hé aquí el dios! ¡Diana y Minerva le acompañan! El Rayo vie- ne en auxilio de su voz; el trueno rueda con horrible estrépito, que repiten á lo léjos las ca- vidades del Parnaso; el pavimento del templo tiembla bajo las pisadas de los guerreros, el miedo se apodera de ellos, y huyen desorde- nadamente. Aplastados por los pedazos de roca que se precipitaban de las montañas, y diez- mados por el frio, los galos retrocedieron. El brenno estaba herido y decidió retirarse.

La siguiente noche reinaba todavía un terror pánico: el dios Pan arrojaba á los bárbaros, y se dieron muerte unos á otros. Veintiseis mil hombres perecieron en este ataque: desespera- do el brenno trasfirió la autoridad á su lugar- teniente, á su «Kikouiarour», Kikoriós, bebió hasta embriagarse y se suicidó con un puñal. El ejército se desbandó, y perseguido por los griegos, volvió á Macedonia y se disolvió.

Los galos pasaron como una tempestad. La Macedonia, aniquilada, cayó sin dificultad en poder del hijo de Demetrio. Antígono derrota- ba los restos de las bandas de galos y se con- solidaba, cuando de repente desembarca en Italia el aventurero Pirro, derrotado y fugitivo, pero más ávido de conquistas que nunca. Para reponerse de su derrota le convenia la Mace- donia, y en pocos meses deshizo á los bárbaros que Antígono tenia á sueldo, sobornó á la fa- lange y se apoderó de todo el reino. Esta era la segunda vez que lo realizaba, y sin embar- go no la conservó más tiempo que la primera. Indiferente en religion, dejaba robar los tem- plos y profanar las tumbas de los reyes; pró-

(1) Tolistoboies; Boies separados, Toli-Deol.

(2) Lutharios; Tito Livio.

(3) Pausanias.

(4) Plutarco, in Camillo.

(5) Pausanias, lib. XI.

(1) Justino, lib. XXIV.

(2) Ciceron, De Divino; Pausanias, lib. X.

(1) Véase Riancey, tomo III.



digo con las riquezas de sus súbditos, abandonaba á Edesa á la codicia de sus mercenarios.

¿Qué le importaban los desprecios? Aténas, los aqueos y los mesenios le llamaban al Peloponeso. La ocasion no podia ser mejor; así es que abandonó su Macedonia, que estaba cansada de él, para poner sitio á Esparta y á Argos. En Esparta le rechazaron las mujeres: en Argos, cuando entraba vencedor, una vieja le arrojó desde un tejado una teja que le destrozó la cabeza.

Así murió el más arriesgado y extraño de los ambiciosos que hizo nacer la conquista de Alejandro. Este hombre, «cuya cabeza no daba un momento de reposo á los piés, (1)» que se creía un Alejandro porque inclinaba el cuello sobre el hombro izquierdo como el gran conquistador, que sabía vencer, pero sin aprovecharse nunca de sus victorias, intentó en vano formar el imperio occidental, recorrió la Europa y el Asia, perdió y ganó reinos, y despues de haber hecho conocer su nombre en los dos mundos antiguos, solamente dejó á su hijo un Estado arruinado y un trono vacilante.

Durante todos estos trastornos, Antígono estuvo ocupado en la Grecia.

Esta pobre Grecia, despues de la muerte de Alejandro, se resistía contra sus sucesores, empleando sus fuerzas y no consiguiendo sustraerse á una dominacion más que para caer en poder de otra. En medio de estas revoluciones, Esparta permaneció libre, Pirro mismo atentó inútilmente contra su independencia; y en la Grecia Central una pequeña confederacion de pueblos desconocidos resistió tambien todos los ataques de la Macedonia. Los etolios, esta raza de salteadores, «que buscaba con furor la satisfaccion de sus pasiones, vestias feroces más bien que hombres» (2), acostumbrados á no respetar nada y á considerarlo todo como presa suya, despreciados por Filipo y Alejandro, conservaron en sus montañas, gracias á este desprecio, su antigua autonomia. Casandro y Demetrio Poliorcetes destruyeron en vano la llanura; los etolios huyeron con sus mujeres é

(1) Plutarco, in Pyrrho.

(2) Polibio.

hijos á las cimas inaccesibles, y allí conservaron su libertad.

Era un espectáculo digno de reflexion ver á este pequeño pueblo sustraerse al poder de la familia de Antígono, en tanto que el resto de la Grecia, de esta Grecia que habia dictado leyes al mundo oriental, estos atenienses con sus glorias de Maraton y Salamina, estos tebános con sus recuerdos de Epaminondas, todas estas naciones, en fin, tan grandes, tan heroicas en su pasado, se sometian humildemente al yugo de los macedonios, y sufrían su pasada dominacion. Este prodigio era el resultado de la fuerza de asociacion, de la fuerza del lazo federal que unia todas las ciudades de la Etolia.

Hé aquí lo que debieron comprender los pequeños estados griegos.

Cuando la Macedonia, extenuada por las luchas interiores, se vió obligada á retroceder y romper su cetro, los griegos no tenían que hacer más que elegir el momento. Antígono, huyendo de Pirro, habia dejado á los beocios sus magistrados y su gobierno; Aténas, ébria siempre de democracia, se aprovechó del auxilio del epirota para expulsar la guarnicion del Pireo y para restablecer sus arcontas; la Tesalia, la Lócrida y la Fócida se declararon independientes, gracias á Pirro y á favor de los obstáculos de Antígono; Argos y su territorio siguieron su ejemplo (280); finalmente, la Acaya restableció en la misma época su antigua confederacion.

Pero la suerte de todas estas libertades reconquistadas debia ser muy diferente; dos solas sobrevivirian, la liga *etolia* y la *aquea*, salvadas por su constitucion federativa.

La Grecia nunca se sintió fuerte sino por la union; pero union voluntaria y de entusiasmo como en las guerras médicas, porque la union de sumision, la union violenta como en tiempo de Alejandro, de nada valia. Su última esperanza, su recurso extremo estaba en la unidad, hoy más necesaria que nunca. Por otra parte, todos estos florecientes Estados, tan orgullosos de su historia, ¿qué harán si no saben unir sus intereses, ni armonizar su accion y sus fuerzas? Hé aquí lo que han hecho despues de las guerras médicas: treinta años de des-



órdenes, de batallas, de decadencia, la guerra del Peloponeso con sus desastrosas consecuencias; hé aquí lo que han hecho desde la muerte de Alejandro: las guerras lámicas, la ruina de todos los poderes y de la libertad, apoderarse por dos veces de Tébas, Argos y de Corinto, las extravagancias de Aténas y la dura opresion de la Macedonia.

Sin embargo, aún era tiempo; que los griegos sepan unirse, que el interes comun y el bien público les una, y podrán recobrar su poder. Ejemplos no le faltaban: la Etolia y la Acaya llegaron á ser las primeras potencias de la Hélade: respetadas ó temidas por todos sus enemigos, subsistirán y sabrán defenderse. Pero no aprovecharán esta enseñanza, y por última humillacion, por último castigo, la patria de Milciades, de Temístocles, de Agesilao, de Filipo y de Alejandro, abatida, miserable, se echará vergonzosamente á los piés de Roma y doblará su cabeza para recibir su yugo de hierro.

Esparta comprendió desde luégo la necesidad de hacer alianza con la Grecia; y fuerte por su antigua libertad y sus viejos hábitos de supremacia, creíase destinada á ser la cabeza del regenerado cuerpo helénico. Pero Antígono de Goni, que tenia sangre de dominador, no renunciaba á su Grecia, que guardaba como una esclava sublevada; queria someterla á toda costa.

La muerte de Pirro le habia desembarazado del más emprendedor de sus adversarios; la traicion le hizo dueño de muchas ciudades del Peloponeso, y él se alió con los etolios que empezaban ya á mirar con envidia á la Grecia.

Estos proyectos envolvian una amenaza, y Esparta se alarmó; su rey Areus y Ptolomeo Filadelfo, de Egipto, atacaron la Macedonia. Al mismo tiempo los incorregibles galos reaparecian por el Norte. Antígono hace frente á todo, destroza á los bárbaros, á quienes sus dioses habian predicho ya su ruina, y hace retroceder á los dos reyes; despues cae sobre la Grecia Central, se apodera de Aténas á vista de los aliados, y pone guarnicion en el Museo.

Á pesar de haber vencido en diferentes ocasiones, el rey de Macedonia no poseia nada. Un

hijo de Pirro, Alejandro, invade sus provincias, soborna á la falange y se apodera del trono; era la tercera vez que un epirota se hacia dueño de la Macedonia. Pero la raza de los Eacidas no debia reinar más sobre este país; en pocos meses el hijo de Antígono arrojó al aventurero, le despojó del Epiro y reconquistó la mitad de la Grecia Central; «tal era en este tiempo la inestabilidad de la fortuna, tal el capricho de los soldados, que sucesivamente se veia á los reyes en el destierro ó en el trono» (1).

Antígono, poco há fugitivo, era ahora más poderoso que nunca. Los lacedemonios, no obstante su excesiva envidia, no pudieron evitar este acontecimiento. Habian perdido mucho de su antiguo valor; un pequeño tirano de Corinto habia derrotado y muerto á Areus; otro derrotó y dió muerte tambien á Megalópolis, hijo de Areus; la ciudad de Epaminondas debia ser siempre funesta á Esparta.

¿Y quién podia oponerse á Antígono? Para que le fuera más fácil realizar su obra de engrandecimiento, parte de los soldados de Lacedemonia marchó con el aventurero Jantipo á socorrer á Cartago contra Roma (256). Antígono se aprovechó de esto, dió á los atenienses su antiguo gobierno, dejando en ella guarnicion, y cinco años despues ocupaba la ciudadela de Corinto.

La ciudadela tenia, pues, las llaves del Peloponeso y de la Grecia Central. Pero no era esto todo; los etolios se engrandecian más y más de cada dia, tomando la Acarnania, saqueando la Laconia, de donde llevaron de una sola vez cincuenta mil esclavos, é intentando sorprender á Sicione.

La Grecia se hallaba estrechada por estos dos rivales ambiciosos; pero un hombre audaz salvó la libertad.

Hacia ya cuatro años que Nicocles tiranizaba á la pequeña ciudad de Sicione; Arato, hijo de un desterrado, veia con pena la esclavitud que sufría su patria, y cansado de solicitar el auxilio de Antígono de Macedonia y

(1) Justino, lib. XXVI, c. II.



Ptolomeo de Egipto, resolvió apelar á su propio valor. Una noche escala las murallas y con cincuenta hombres de su confianza se apoderó de la ciudad y del palacio; arrojó al tirano y proclamó la libertad, sin derramar sangre ni ofender á nadie. Arato no contaba veinte años.

El primer paso estaba dado: el libertador de la Acaya se engrandecerá con los acontecimientos. Acallando las discordias, haciendo entrar á su patria en la liga aquea, recientemente renovada, yendo hasta Egipto á cambiar sus cuadros por el oro necesario para indemnizar á los emigrados y desterrados, uniendo, en fin, todos sus esfuerzos, se hizo el campeón de la independencia.

Era una alta y singular fortuna la de este jóven proscrito, á quien los reyes abrian sus tesoros, y cuya amistad solicitaba Antígono. Este hombre, que no podia resistir el brillo de las armas al sol, y á quien el toque de las trompetas hacia volver la cabeza de espanto, se halla de repente general de los aqueos, jefe de una de las primeras naciones de la Hélade, y encargado de su futura suerte, de audacia prodigiosa, verdadero soldado de sorpresa, amaba el peligro de la oscuridad y le temia en campo raso. Su primer hecho de armas fué apoderarse de noche y con solos doscientos hombres, de Acro Corinto, la ciudadela más fuerte del Peloponeso, que estaba defendida por una guarnicion de macedonios.

Este brillante triunfo debió consolar á la liga aquea de la derrota de los tebanos, sus aliados, á quienes los bandidos de la Etolia habian batido en Queronea; tanto más, cuanto que la toma de Corinto valió á los aqueos la amistad de Trezena, Megara y Epidauro. Arato no omitia medio; el título de «generalísimo», palabra sin sentido, dado á Ptolomeo Evergetes, le proporcionó tropas y dinero de Egipto (243); y el botín cogido en Salamina sostenia el ardor de los soldados de la liga.

Con estos auxilios, Arato creíase dueño de la península: «Opinaba que todas las ciudades eran débiles por sí mismas; pero que se conservarían y harían fuertes, si se ligaban entre sí por la comunidad de intereses, del mismo modo que en los cuerpos de los animales viven

los miembros mientras permanecen unidos, y mueren y se corrompen inmediatamente que se desprenden ó separan» (1). En esta íntima convicción consistía todo el poder de Arato. Tenia fe en la asociacion, y en efecto, la asociacion era la sola fuerza posible, el único medio de salvacion.

Pero este hombre tan atrevido en una emboscada como tímido en campo de batalla, no tuvo el valor de vencer dos veces, y los argivos se libraron de él dos veces. El poder de la liga aquea aumentaba de cada día; no obstante sus descalabros y la toma de Cleone y la ansiedad de Megalópolis, cuyo tirano arrastrado por las palabras de Arato, abdicó un poder usurpado, honraban al jefe, y á la vez constituían el poder del pueblo, en tanto que la muerte libraba á la Grecia de Antígono de Macedonia. Esparta, en fin, la intratable Doria salia de su orgullosa neutralidad, y hacia alianza con los aqueos; comprendió el interés común. Hubo necesidad de una reforma para conseguir un progreso semejante: Agis habia aparecido.

La obra de Licurgo habia caído en desuso por antigua; Lisandro y los tesoros del Atica, Epitades y su vengativa invencion de las donaciones testamentarias, que trastornaban el orden de las sucesiones, arruinaron la ostentacion de rudeza y miseria espartanas. Pronto Lacedemonia fué, presa de esta reforma, plaga de terribles deudores y acreedores, que tan frecuentemente tenían con su sangre la plaza pública de Roma. La usura conducía á la miseria, y en la época que estamos historiando apenas habian quedado setecientos de los antiguos conquistadores, de aquella raza victoriosa de «espartanos», y de ellos ciento próximamente poseían tierras y bienes. El resto era un populacho degenerado, que odiaba la situacion presente, que cifraba toda su esperanza en una revolucion, como único medio de mejorar su posicion, que habia perdido todo sentimiento de dignidad y de honor, y hasta la antigua reputacion de arrojado, hasta

(1) Plutarco; *Vida de Arato*.



el valor de soldado, la mayor, la única pre-ocupacion de su cruel legislador.

En medio de esta corrupcion, un jóven, un rey, tuvo la firmeza de espíritu necesaria y un corazón bastante noble, para ser virtuoso y parecerlo, y se admiró de ver á Agis caminando por la ciudad con un simple capisayo, huyendo de todos los placeres, modesto, frugal y valiente como Leonidas. La juventud le imitó con entusiasmo.

«Cambió de vida como se cambia de vestido» (1). La reforma se llevó á cabo sin las viejas rutinas de vicio y de infamia que el tiempo habia hecho consistir en el crimen y en la avaricia. Temian las leyes de Licurgo como un esclavo teme el látigo de su señor. Sin embargo, contra su voluntad se votó la ley agraria, las deudas fueron abolidas, y el territorio de Lacedemonia debia repartirse entre los espartanos, que se completaría con extranjeros robustos y fuertes (2). Pero la traicion lo destruyó todo. El éforo Agesilao, tío del rey, habia consentido la abolicion de las deudas, por lo cual fué asesinado; pero no quiso ceder las muchas tierras que poseía y el reparto se difirió.

La gloria de las armas era la única que podia sancionar la obra de Agis; debia volver más decidido despues de la victoria. Los etolios invadieron el Peloponeso, y Agis marchó cerca de Arato. Era la primera vez que el Peloponeso aparecia unido.

En presencia de Agis, Arato, hombre de astucia, pero no de guerra, conoció su inferioridad: no hay nada más odioso que una mediocridad que comprende su debilidad. Arato se vengó del ascendiente de Agis por medio de una insultante altanería; envidioso de su aliado, vió con sentimiento tomar á su regreso á Pelene, ciudad etolia, y para no darle nueva ocasion de vencer, dejó de conquistar la Grecia Central á la causa de la independencia.

Por lo demas, muy pronto se vió libre de este rival de su gloria. Agesilao, éforo de Esparta, se hizo tirano. Su conducta era una vergüenza; hacia pagar contribuciones de trece

(1) Plutarco, Agis.
(2) Idem.

meses al año; los grandes se alegraron, pero conspiraron contra él y el autor de la reforma pagó por sus traidores amigos. En él vengaron todo el bien. Sorprendido cobardemente, vendido por algunos muebles de valor, vergonzosamente condenado á muerte, Agis fué asesinado con su madre y abuelo por los mismos á quienes habia salvado la vida en otro tiempo. *Era la criatura más humana y más amable que hubo en el mundo* (1). Este asesinato sublevó toda la Grecia. *No se habia visto nada más odioso desde la entrada de los dorios en el Peloponeso* (2).

Sin embargo, Agis no habia muerto completamente. Leonidas, arrojado por sus excesos y llamado por los ricos y los opresores, Leonidas, avaro, descarado, asesino del rey, casó á su hijo con la viuda de Agis; no sospechaba que el infortunado príncipe hallaría en el jóven Cleomenes un ardiente imitador y casi un vengador.

Ante la narracion de las virtudes y los proyectos del rey, el alma noble de Cleomenes se inflamaba de una generosa emulacion; pero si debia imitar las reformas de su modelo, no imitó su esclarecido patriotismo, y perdió para siempre la alianza de Esparta y de la Acaya.

Al mismo tiempo los aliados del Norte, etolios y macedonios, se malquistaban. Los etolios intentaban quitar al Epiro una parte de la Acarnania, conquistada por el hijo de Pirro. Querian engrandecerse; la Beocia acababa de someterseles. En vano la Acarnania buscó aliados al otro lado de los mares, cerca del pueblo romano, cuyo nombre brillaba en el mundo; en vano el senado mandó á los etolios respetar á sus aliados, «el único pueblo que rehusó en otro tiempo auxiliar á los griegos contra Troya, á quien Roma debia su origen.» Los etolios respondieron con arrogancia á los embajadores de Roma: «¿Quiénes son, pues, los romanos? Pastores viles establecidos en un territorio infamemente arrebatado á sus dueños, y que, privados por la deshonra de su nacimiento del honor de obtener esposas, las ro-

(1) Plutarco, Agis.
(2) Idem.